



## EL PADRE JOSE ANTONIO TORRES



O hay que confundirlo con el **amo Torres**, que lleva sus mismos dos nombres y su mismo apellido, porque éste era un jefe de suma honradez, que luchaba por amor a la patria y sacrificaba sus propios intereses por los de la independencia nacional, distinguiéndose siempre por constancia y valor, espíritu de organización moralizadora y eficacia de acuerdos y procedimientos que se encaminaban a un solo fin: a derrotar al realismo. El **amo Torres** era un civil con armas y su prudencia de conducta corría en paralelismo con su gran modestia. Fue siempre generoso con los prisioneros, subordinado al superior y respetuoso de intereses particulares. Murió con serenidad, descuartizó su cuerpo por la soldadesca realista y distribuidos sus brazos y piernas en las esquinas de las calles más transitables de Guadalajara, por orden salvaje del brigadier don José de la Cruz.

Por lo contrario, el padre Torres, según el historiador Guillermo Prieto, era el **ave negra** de la revolución

de Independencia, germen morbosos, impulsivo, perverso y cruel en la mayor parte de sus actos.

La suerte, una suerte casquivana como lo es todo lo que aventura y se mueve al azar, sin determinantes de propósitos, confiando en el mañana y con la intriga interior de querer llegar a la meta de cualquier modo; pero con audacia, con perseverancia e inquina contra sí mismo, hasta alcanzar lo ambicionado con tanto afán, venciendo todos los obstáculos, todos los estorbos del camino. Pero unos van por el sendero recto y con sana intención, en consciente afán volitivo de cumplir con el deber, y otros lo tuercen y lo denigran y lo afean, llegando al término con bagaje de infamias.

He aquí el anverso y el reverso del subjetivo Torres, para no confundir y tomar la moneda buena por la falsa.

El padre Torres siguió la carrera sacerdotal, porque se la impusieron sus padres, sin vocación ni aprovechamiento en las materias cursadas, y lo ordenaron como en barbecho, por la necesidad de sacerdotes en Valladolid, para el sur de la provincia, donde estaban las tribus indígenas sin rey ni roque.

Era vicario fijo de Cuitzeo del Porvenir, cuando estalló la revolución y, ligándose con "El Giro" (Albino García), guerrillero infatigable y muy inteligente, que hizo correrías por el Bajío de Guanajuato y sierras de Comanja y de la Luz, tomó a éste como jefe y acompañante, hasta que pudo "brillarla" por su cuenta y riesgo.

No se lanzó a la revolución por principios y tendencias salvadoras de los pueblos, por el anhelo de libertades y confirmación de autonomía, sino a la depravación. Jamás redactó una proclama política, ni atendió a ninguna de los jefes, y cogió cuerda como un extraño reloj de movimiento continuo, sin alterarse hasta que lo rompe alguna mano inexperta, que de casualidad lo encuentra.

Le ofrecieron el indulto y contestó por boca de ganso (el doctor José María Cos, en nombre de aquél), que nada le importaba la vuelta de Fernando VII a España, porque ese regreso era funesto para todos los países de la monarquía, pues aquél era en realidad un agente nocivo del emperador de los franceses."

Empezó sus correrías y tuvo cuatro derrotas seguidas que le infligió Iturbide; concurreó al sitio de Cópore, confiado en el apoyo que le daban "El Giro," Lucas Flores, Saucedo y otros; lo rechazaron de Acámbaro, y ayudó a la sorpresa que se dió a Guanajuato, donde lo rechazaron también, con muchas pérdidas.

Cuando el general don Manuel T. Mier y Terán disolvió, en Tehuacán, el Congreso, que era de Chilpancingo y Apatzingán, por su origen, el padre Torres dió apoyo a los diputados cesantes y en la inopia, que formaron la Junta de Uruapan, disuelta también para dar lugar a la inepta e insignificante de Jaujilla, compuesta de nuevos elementos casi desconocidos para la generalidad de los revolucionarios, a excepción del doctor San Martín, que era hombre de talento, y en la cual Junta ingresó el padre Torres como vocal primero y después como presidente.

Una de sus más graves depredaciones fue el saqueo general e incendio de Valle de Santiago, a pesar de ser la mayoría de los habitantes simpatizadores o partidarios de la revolución; tenía asolados, también, a Pénjamo, Maravatío, Salvatierra, Irapuato, Silao, Celaya, Salamanca, la Piedad y una infinidad de rancharías y haciendas, a las que **limpiaba** de todos sus productos, yéndose a refugiar al cerro de San Gregorio, llamado también de los Remedios, donde a la postre construyó obras serias de fortificación, por consejos del doctor San Martín y de Licéaga.

Cuando Mina llegó al Sombrero, quiso conferenciar con la Junta de Jaujilla, que le mandó emisarios para pagar después la visita en aquel cerro a donde acudió al llamado del padre Torres. Estando presentes

éste, el recién llegado caudillo navarro, el doctor San Martín y el licenciado Cumplido, se acordó conceder al segundo el mando superior, por tener competencia militar y estar animoso en la lucha, en defensa de los principios autonómicos del Anáhuac, aunque fuese español.

El padre Torres dijo que cedía el mando "por consideración, pues que a él debía corresponderle, por tener el empleo de teniente-general que le había dado la Junta." Ofreció sumisión y apoyo a Mina, pero no lo cumplió: sus inconsecuencias obraron en contra. Si aquél se hubiese empeñado en combatir a las tropas de Liñán, que rodeaban el Sombrero, dicha fortaleza se habría salvado. Con sólo cortarle comunicaciones, como lo hizo Mina algún tiempo con los Remedios, habría prestado un servicio de verdadera importancia y utilidad. Por lo contrario, se dejó derrotar en Silao el 12 de agosto de 1817, a causa de sus descuidos, reportando enormes pérdidas. Volvió al fuerte de los Remedios, convocando a todas las partidas que había en la comarca, para afianzar la defensa, y ya explico en otro lugar las peripecias de esta lucha y sus fatales resultados con la caída del fuerte, como el del Sombrero, y las espantosas represalias que tomó Liñán.

El padre Torres continuó expedicionando por Michoacán y quiso auxiliar a Jaujilla, que estaba sitiada por Barradas y Aguirre; mas fue derrotado y perseguido por Lara, desastre que se repitió en Sacramento, cerca de Pénjamo, donde perdió los mejores elementos de lucha que reunía. Entonces adoptó el sistema de incendiar las rancherías, asolando las siembras; que de haber sido esto general, el país se habría convertido en un desierto, por su aridez. Sufrieron entonces de modo considerable San Francisco, Penjamillo y Pénjamo. Descontento de su segundo, Lucas Flores, porque no pudo introducir víveres en el fuerte, lo mandó llamar, disimuló su disgusto, jugó a los naipes con él, lo invitó a comer y lo obsequió con la mayor hipocresía,

y luego lo mandó fusilar. También sin causa legal conocida, ordenó la muerte de don Remigio Yarza, que había sido secretario del Congreso de Chilpancingo y uno de los firmantes de la Constitución de Apatzingán.

Tales crímenes no podían ser tolerados por los jefes que seguían a Torres, sino que lo desconocieron y se voltearon contra él, encabezados por "El Giro," lo que dió por resultado que el mando de la provincia de Guanajuato recayera en don Juan Arago, que vino con Mina, siendo hermano del famoso astrónomo de ese apellido.

Habiendo perdido la fuerza que le quedaba, mil hombres que combatieron contra los realistas que mandaba don Anastasio Bustamante, en el rancho de los Frijoles, perteneciente a Guanímero, huyó dejando más de 300 muertos, deshecha enteramente su caballería; pero esto no fue lo único que resintió, sino que muchos de los que habían estado bajo sus órdenes le presentaron acción, a orillas del Río Grande, guiados por Albino García, "El Giro," y acabaron de nulificar lo que le quedaba de su cuerpo de ejército. Torres pudo salvarse, debido a la ligereza de su caballo, para no volver a alcanzar preponderancia. Se vió casi sin soldados, con el mayor desprestigio encima, desobedecido por todos, pues Arago (poco tiempo después indultado), había de quedar en su lugar.

Perseguido por ambos partidos, sin tener otro refugio de confianza que la sierra de Guanajuato, en ella se mantuvo algunos meses, sin entrar en campaña, temeroso de reunir hombres de los suyos y que éstos mismos se le voltearan.

Márquez Donallo recibió el encargo de perseguirlo, de tener agentes que le siguiesen la pista, de conocer sus madrigueras en la serranía; y así lo tuvo sin poder dar un solo paso, acorralado, constreñido como en un puño, tapadas todas las veredas que solía emplear en sus afortunadas escapatorias.

¿Qué fin podía alcanzar semejante hombre en los trances en que se había colocado? En esto se cumplió la sentencia judaica: "quien a hierro mata, a hierro muere."

A fines de 1817, se encontraba Torres en la hacienda de Tultillón, perteneciente a Silao, jugando al-bures tranquilamente con el capitán Juan Manuel Zamora, quien tenía un bonito caballo, del que quería hacerse aquél. Habiendo perdido dicho capitán primero mil pesos, que pagó en oro, y después 250 que quedó a deber, dejó en prendas el caballo, para recobrarlo al día siguiente. Volvió con el dinero que adeudaba; pero Torres no le quiso devolver el cuadrúpedo, objeto de su mayor estima, por lo que Zamora le dirigió palabras ofensivas, sin parar mientes en ello el aludido, antes bien, invitó a los circunstantes a salir a caballo para dar un paseo, y habiéndose puesto en camino todos juntos, Zamora insistió en que el padre le devolviera su caballo, y al negárselo rotundamente Torres, éste fue atravesado con una lanza, lo que le ocasionó la muerte inmediata, corriendo la misma suerte el ofensor, a manos de Miguel Ortiz y demás acompañantes.

Este incidente ocurrió en terrenos de la Tlachiquera, y pocos momentos después expiraba el que había sido mariscal y teniente-general del cuerpo de ejército del Centro, con apoyo de la Junta de Jaujilla, en el rancho de las Cabras, donde enterraron su cadáver.

\* \* \*

Tal fue el último episodio que coronó con mano trágica la etapa revolucionaria que cubrieron los buenos servicios y heroicidades de Mina y de Moreno.

La revolución estaba como contenida, como amenguada, a punto de nulificación.

Se habían indultado otros caudillos insurgentes, los que parecían más abnegados y de mayor influencia en las zonas central y oriental del país, los generales

don Ignacio Rayón y don Manuel Mier y Terán; pero quedaban los valientes y prestigiosos generales Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria.

Victoria, habiendo mandado solo en Veracruz, se retiró a los bosques como un druida y se condenó a una existencia increíblemente salvaje, antes que transigir con sus enemigos. Los realistas ordenaron su persecución, y siendo inútiles las pesquisas, fingieron que había perecido en los bosques, consumido por el hambre y devorado por las fieras, formando sobre esto una averiguación enmarañada, que publicó la prensa virreinal.

Bravo se mostraba en persistente inercia inexplicable y sólo Guerrero, el ínclito hijo de la montaña, secundado por Pedro Asencio y por el padre Izquierdo, en las orillas del Mezcala y entre las montañas del sur, era como una protesta íntegra contra el triunfo de la fuerza despótica y como un símbolo de la fe ardiente en la realización de la Independencia.

Vendrían tiempos mejores de salvación y de verdadero triunfo, que habrían de confirmar los vaticinios de Hidalgo y las esperanzas fundadas de Morelos, que nunca dudó de la eficacia de la revolución iluminada aún con los tintes rosados de la aurora del 16 de septiembre, en Dolores, para la felicidad de México.

